

**PRESENTACIÓN DE “CIRCUNSTANCIAS
PERSONALES”
MADRID, CASA DE AMÉRICA,
24 DE FEBRERO 2009**

Muchas gracias a todos y a todas por haber venido.

Muchas gracias a la Casa del América por habernos cedido este salón para la presentación. Presentar un libro de relatos en esta Casa, y en un salón que lleva el nombre de Borges, tiene connotaciones especiales. Por lo menos para mí.

Muchas gracias a Paqui Hernández, y a Patricia y a Elvira de la editorial Ex-Libris, por su profesionalidad y por el cariño que han puesto en la edición de la obra.

Muchas gracias a Pilar que, además de la foto de la portada, fue cooperadora necesaria en la búsqueda del título.

Y, desde luego, a María Tena y a Paco Mora, por haber aceptador tomar parte en este acto y por lo que han dicho. Por

cierto, si de María tena no han leído la última novela publicada, “Todavía tú” (Anagrama) háganlo. Yo lo hice y lo disfruté. Ojalá la próxima sea tan buena como esa. Sus muchos lectores, entre los que me cuento, se lo agradeceremos.

De Paco Mora, periodista y escritor y que, como yo, también escribe poesía, solo he leído su último libro, que es de relatos y se titula “Todos los peces se llaman Eduardo” (ExLibris). Francamente, me pareció una joya.

Como digo en la nota que cierra el libro, “Circunstancias Personales” obedece a un plan que era escribir dos o tres cuentos por década desde el final de la guerra civil hasta el final del siglo para tratar de obtener mi personal semblanza moral de esa época. O, dicho de otro modo, para intentar trazar un fresco de la evolución de un país que fue pasando del aislamiento y el subdesarrollo a situarse como octava potencia económica del mundo sin dejar por ello de peinar caspa y oler a fritanga y a ajo.

Un país del que el esperpento forma parte constitutiva y donde muestra una asombrosa capacidad de regeneración.

Ello me obligó a modular temas y estilos, a transitar desde el áspero realismo de la posguerra inmediata a formas de narrar más, cómo diría, posmodernas. En gran medida este libro es también un ejercicio de estilo.

Alguien podrá decir que eso a lo sumo explica por qué me animé a escribirlo pero no por qué me empeñé en publicarlo. Y es verdad.

Llevaba semanas dándole vueltas a este asunto cuando la semana pasada un rápido viaje de trabajo me llevo día y medio a Praga. Aterrizamos con retraso y llegamos tarde para asistir a la recepción ofrecida por los anfitriones checos. Nevaba, la temperatura rondaba los seis bajo cero y no salí del hotel en todo el tiempo. Pero me dieron una habitación en la planta catorce de un rascacielos de veinticuatro desde donde se divisaban las

colinas donde se asienta la ciudad, las torres amarillas y las oscuras cúpulas de la Mala Strana, las agujas de la catedral, y un gran lienzo de la antigua muralla. Y a lejos, oculto por las edificaciones, se adivinaba el Moldova, sobre cuyos márgenes se asienta la Ciudad Vieja.

Yo había estado en Praga solo una vez antes, en el verano de 1991, durante un viaje en coche por las capitales del antiguo imperio austro-húngaro con mis hijos y su madre. Y no la había olvidado. Imposible olvidar la torre del reloj, la tumba de Tycho Brahe, el monumento a Jan Huss, el cementerio judío, las tiendas donde todavía se podía comprar la mejor cristalería del mundo a precios irrisorios, el puente Carlos.

Y a Kafka. A Kafka, que publicó poco en vida y que, sabiéndose a punto de morir, le pidió a Max Brod, su albacea y amigo, que destruyese el grueso de su obra.

A Kafka, a quien, al parecer, no le importó quedar casi inédito.

Y allí, de pie ante la ventana, me dije que mi reciente empeño en publicar provenía de que, en el último momento, me faltaba el valor que él había tenido, que yo no me atrevía a quedar para siempre como un escritor secreto.

Luego, en el vestíbulo del hotel, mientras repasaba esta presentación, pensé que todo eso estaba bien, o podía estarlo, pero que no era importante. Que lo importante es el efecto que cada uno de los relatos de este libro produzca en cada uno de sus lectores. Que en eso reside la magia de la literatura y que tiene poco que ver con el escritor se propone. Y es algo imprevisible.

Recordé, por ejemplo, que Mariano Crespo me invitó hace unas semanas a Radio Círculo para hablar del libro y dijo que el argumento del primer relato, “El paquete”, le resultaba familiar, creía haberlo oído antes, en versiones más o menos coincidentes,

referidas a ciudades distintas. Sin embargo, a mi hija, que tiene casi veinte años menos, le pareció una historia original y muy característica de una España a la que su generación solo ha podido asomarse a través de documentales y libros.

Manolo Romero me llamó un día para decirme que el segundo relato – El Corpus - contenía una inexactitud fundamental y era que el alcalde de Toledo no empujó al toro hacia los corrales con el camión del riego sino que lo había atropellado y dado muerte en la plaza. Lo que, según él, explicaba mucho mejor un punto básico de la historia y era que el asunto acabara en la portada del París-Match del mes siguiente, como un ejemplo de la barbarie y el atraso de un país cuyo Régimen político sus primeros y tímidos intentos de apertura al exterior para atraer turistas.

Cuando le pregunté cómo diablos lo sabía, me respondió: “Porque yo estaba en Toledo aquel día”. Y para mi asombro precisó que a raíz de aquella corrida nunca más se torearon toros

del Conde la Corte en Toledo. Lo que me dejó sin habla porque yo estaba casi seguro de que Pepe Conde, que fue quien me contó la historia, no había mencionado el nombre de la ganadería y que yo había elegido ese nombre al azar, como podía haber escogido cualquier otro.

Por su parte, pocos días después, Paloma Soria me en envió un mensaje por Internet al que adjuntaba una foto. Era una foto en blanco y negro donde aparecían varios personajes del tercer relato – Sorpresa – incluida ella misma. La foto había sido tomada tres o cuatro años después del episodio que dio origen al cuento, y me impresionó hasta qué punto transmitía – o al menos mí me lo transmitía – el ambiente material y moral que yo imaginé para situarlo. Lo que me reafirmó en el papel decisivo de la imaginación en la literatura, pues mientras la contemplaba me di cuenta de que, abrumado por la potencia evocadora de sus detalles (la niebla, el ronzal de las caballerías, las vestimentas de los monteros, las altas jaras, las pesadas escopetas y las cananas), no habría sido capaz de escribirlo si la hubiera visto antes.

Por su parte, Eduardo Calvo, un amigo escritor y poeta, me llamó desde Beirut, para decirme que iba por la mitad del libro y que el teniente coronel chusquero de “El año que murió Haile Selassie” le parecía uno de los personajes más logrados. Le contesté que ese relato era todo mío, en el doble sentido de escrito y vivido, y él aprovechó para alabar la ambigüedad moral subyacente en “En conciencia” y perorar contra “Los girasoles ciegos” y las historias donde los malos son malísimos y los buenos, buenísimos todo el tiempo. “Solo los personajes contradictorios tienen interés. Todos somos, en gran medida, contradictorios y ambiguos” - remató.

Le di la razón sin atreverme a decirle que, pese a todo, me había gustado “Los girasoles ciegos”. Y colgué pensando cuán difícil es identificar y asumir las contradicciones propias, que cuánto más autobiográfico es un texto más probable es que mienta. Todas las autobiografías mienten. Una de las razones por las que los historiadores son necesarios debe ser, precisamente,

esa. En literatura, como en la vida, la verdad nunca se alcanza del todo pero uno no debería dejar de perseguirla solo por eso.

También recordé que, cuando en noviembre pasado presenté este libro en Bilbao, alguien me preguntó cuál era mi relato preferido y yo, hábilmente, le devolví la pregunta al público

Desde mi punto de vista el resultado fue bueno pues las cuatro o cinco personas que levantaron la mano citaron un relato distinto, incluida Lucía Martínez Odriozola, que había comentado el libro desde la tribuna. Ella dijo que “El ascensor” era su preferido porque lo que comienza como un incidente menor se va complicando hasta el punto de producir un final que uno no sabe bien si es angustioso o terrible. Angustia y terror que no provienen de nada insólito o sobrenatural sino de una lenta y progresiva acumulación de circunstancias que, tomadas de una en una y consideradas aisladamente, resultarían tan cotidianas como banales.

También hubo quien me dijo que su relato le había gustado porque al leerlo descubrió detalles que no recordaba. Y quien, habiéndoselo oído contar antes al protagonista, me aseguró lo contrario. De donde se deduce que la idea de que “el arte imita a la vida” o su opuesta según la cual “nada supera a la vida sino la vida misma”, pueden ser ciertas y falsas al mismo tiempo.

En la literatura, como en la vida, casi todo depende del punto de vista. Raymond Carver lo expresó a su modo: “*Primero es la mirada*” dijo “*Luego esa mirada ilumina un instante susceptible de ser narrado. Y de ahí se derivan las consecuencias y significados*”.

Por su parte, Italo Calvino escribió una vez que una de las razones que le animaban a escribir era aprender cosas que no sabía, no solo sobre los demás, sino sobre sí mismo.

A mí me pasa algo parecido. Más aún: muchos de los relatos que escribo pasan a formar parte, de un modo que ni yo mismo

soy capaz de predecir, de mi propio y personal relato, me enriquecen, me transforman por dentro. Unos más que otro, claro. Pero todos en mayor o menor grado.

Es decir: lo que escribimos - y también lo que leemos - si nos resulta significativo, nos cambia por dentro.

Y aquí reside, a mi entender, uno de los enigmas básicos de la narrativa, a saber: que una misma historia puede resultar significativa para distintos lectores por razones distintas, en ocasiones por razones opuestas. Con “El amante que sabía bailar” y “El tren de las nueve y veinticinco” me ha pasado algo de eso.

Entre la amnesia que nos impediría reconocernos y la hipermnesia que no nos dejaría vivir, construimos y reconstruimos nuestra memoria. No hay historia – o argumento – sin relato, ni relato sin argumento. El problema es que ambos, argumento y relato, se imbrican continuamente, se traban y se confunden ante la impaciente mirada de nuestra razón que harta

de vacilaciones y jugueteos, al final echa mano del logos y como diría el poeta canta. O cuenta, que casi es lo mismo. Y al hacerlo, queriéndolo o no, modifica el relato.

Escribir, cavilé, es optar por una de las formas posibles, tal vez no la mejor o la más acertada, de un determinado relato, y casi nadie es capaz de explicar, sin dejarle un resquicio a la duda, por qué eligió ésa y no otra. Leer es bucear en aguas pantanosas, edificar sobre arenas movedizas. Por eso los libros que mejor recordamos son aquellos que, de un modo u otro, nos impulsaron a evocar, nos hicieron soñar, nos animaron a hacer, nos agitaron por dentro. De ese modo acabaron formando parte de nuestra propia memoria y de nuestro propio relato. Y, también, de nosotros mismos.

Recordé la cita de Kafka que leí en Bilbao: *Los libros que necesitamos son aquellos que tienen sobre nosotros el efecto del infortunio, que nos hacen sufrir como sufrimos por la muerte de alguien que queremos más que nosotros, los que nos hacen sentir*

que estamos al borde del suicidio, o perdidos en un bosque muy lejano a la civilización – un libro debería servir como el hacha para el mar helado que hay en nuestro interior”.

Y me dije que lo que rige para los individuos rige también para los grupos y las colectividades. En la agenda que siempre llevo conmigo había anotado una frase que Mercedes Vilanova había escrito en un artículo luminoso: *“El destino de la memoria se juega en la apuesta por la escritura”*. De pronto, caí en la cuenta de que llevaba una copia del artículo en la cartera, entre los papeles de la reunión. Lo saqué. Releí el título *“Rememoración en la historia”* y el subtítulo: *“Memoria y escritura”*. Leí al azar: *“Vivimos un presente frenético, aparentemente sin raíces ni puntos de referencia estables... la memoria personal es el único lazo con lo que fue, desde un presente que se constituye en eterno pues no disponemos de otra manera de experimentar la vida”*

Pensé. Memoria y vida. Vida y memoria. Mejor aún: memoria vivida. Y hecha parte de uno. Y comprendí que ese era

el sentido de esta colección de relatos. Once de los quince responden a hechos reales recreados por la imaginación que, como la retentiva, también es un atributo de la memoria. Pero los cuatro que no lo son – y alguno más que por pudor decidí no incluir – también son auténticos, al menos en el sentido de que situados en el contexto creado por los demás resultan verosímiles.

Llegado a este punto, miré el reloj, cerré el archivo electrónico, guardé los papeles y miré por la ventana.

Ví peatones de cuellos subidos apresurándose por la calle. Nubes lechosas y plomizas dejando caer copos de nieve. Ráfagas de viento levantando remolinos de hielo sobre el pavimento. Y el tráfico intenso en el viaducto. Pese al clima despiadado la ciudad seguía su curso.

Volví a pensar en Kafka y en su voluntad de quedar casi inédito. Recordé que cuando yo era más joven pensaba igual. Recordé unos versos que escribí hace mucho tiempo: “Escribo

para que nadie lo lea. Escribo para mi mismo”. Recordé haberlos escrito más o menos con la misma edad que Kafka tenía cuando murió. Y recordé mi estado de ánimo de entonces, tan distinto del de ahora. ¿Habría mantenido Kafka su empeño – me dije - si no se hubiera sabido gravemente enfermo?, ¿si hubiera vivido más? Y, sobre todo, ¿si el amor le hubiera sonreído, si hubiera sido feliz?

La noche anterior, antes de dormir, había terminado de leer “La carretera”, la última y más desolada novela de Cormac McCarthy que a ratos me recordó los dibujos de Zoran Music sobre Auschwitz y el reciente ensayo de Jean Clair sobre ellos, pero que es también, cuando menos lo parece, un canto de vida y esperanza.

Y me dije que esa es también una función de la literatura y del arte: romper nuestro aislamiento, sacarnos de nosotros mismos. Acaso esa fue su función primera – oral y en las cavernas - y siga siendo todavía su función primaria: exorcizar nuestros

peores terrores que, como Poe, cuyo centenario celebramos, intuyó muy pronto, son siempre los primeros y surgen de dentro: el miedo a la soledad, a la locura, a lo desconocido, a acabar como no queremos acabar, a terminar siendo lo que no queremos ser.

Y, por qué no, también compartir y extender nuestras alegrías – que las hay – entre ellas, la incomparable sensación de estar vivos. Después de todo, me dije, Max Brod no le hizo caso a su amigo y Zoran Music sobrevivió al horror. Muchos no lo lograron, pero otros sí. Uno siempre puede legítimamente aspirar a sobrevivir al horror, a trabajar para que no se repita.

Borges escribió: *“La idea de que la literatura es solo un juego de palabras... es radicalmente falsa. Lo fundamental es la carga de pasión del pensamiento que se transmite a través de lenguaje y, diría, a veces, a pesar del lenguaje”*. ¡Bingo!

Ayer recibí un mensaje de una amiga que vive en Cantabria. Se excusaba por poder venir y añadía: *“Los relatos son magníficos, a mi me han encantado y me has devuelto a través de algunos la memoria, la esperanza y el afecto por algo que tenía arrinconado”*.

¿Qué quieren que les diga? Si publicar permite recibir mensajes así, y pasar ratos como este con gente como ustedes, merece la pena. Desde luego, a mí me la merece.

Muchas gracias.